

hallaba ocupado por mucha gente que se solazaba entregada al baile, al compás de una música alegre y retzona.

Como al entrar B. en aquel local no había ido con el propósito deliberado de no bailar, y no faltaban muchachas vivarachas y bonitas, llegó á participar de la alegría general.

Aun no hacía un cuarto de hora que nuestro montero bailaba, cuando de repente se presentó, agitado y casi sin aliento, el hijo del posadero, á decirle que en el jardín á que daba una ventana del salón estaba un ciervo escuchando.

El empleado, que en un principio creyó que querían darle una broma, cogió su carabina y salió del salón.

Efectivamente: junto á la ventana estaba aún el ciervo con las orejas tiesas en actitud de escuchar los sonidos de la música, sin preocuparse para nada de la aproximación del montero, que á una distancia de veinte pasos le disparó su arma, dejándole muerto en el acto.

Era este ciervo el que había sabido eludir hasta aquel día la persecución tan activa que le hacían los empleados del monte, para morir de la manera más inusitada por su afición á la música.

En el mes de setiembre de 1862, estaba un amigo mío de jefe forestal del bosque de Platte, cerca de Wiesbaden, y ya había oído bramar los venados desde principios del mismo. Por regla general, S. A. el Duque de Nassau solía ir al precioso palacio de caza de Platte el 15 de setiembre, permaneciendo allí hasta el 10 de octubre, para cazar en mano durante este tiempo, por mañana y tarde, excepto los días festivos, á los venados que habían entrado en celo.

Refería mi amigo que una tarde, acompañado del cazador de S. A., daba un paseo hacia el picadero de Plattchen para oír bramar los ciervos. El camino que llevaban les permitía oír todos los ciervos que bramaban en todos los picaderos de la derecha é izquierda del camino.

El que oían más cerca, que bramaba sin cesar, se hallaba en Plattchen, y no tardaron mucho tiempo en verle aparecer. Era un ciervo de diez puntas, de deslumbradora blancura, completamente solo, sin ir acompañado de cierva alguna; pero que parecía alegrarse de la música que producía mi amigo.

Tuvieron ocasión de acercarse á una distancia de ochenta pasos á ese verdaderamente bello animal, y ocultarse en un puesto para no perderle de vista, pues su constante bramar les entretenía mucho.

Era una hermosa tarde, y los venados bramaban

todos en torno de los observadores, oyéndose algunos con voz de bajo profundo. El ciervo blanco permanecía en el mismo sitio, en la mejor disposición del mundo para continuar sus bramidos delante de sus observadores; y ya el Sol se dirigía á su ocaso cuando pasó el postillón del correo que va de Schwabach á Wiesbaden, y le ocurrió sonar en su corneta un toque de caza, cuya música repetían los ecos de las montañas y de los valles.

Al oír el ciervo los primeros sonidos, alzó la cabeza, dirigiendo la vista hacia el sitio de donde procedían, permaneciendo tranquilo y escuchando atentamente.

Así continuó aquel majestuoso ciervo, sin el menor movimiento, todo el largo rato que duró la tocata. Pero tan pronto como cesó la corneta del postillón, el ciervo, cuya blancura deslumbraba más por la luz que los rayos del Sol poniente le reflejaban, lanzó al aire tres bramidos separados por cortos intervalos, con toda la fuerza de su garganta, sin que sus ojos y orejas se separasen de la dirección del punto de donde había venido la música. Me decía mi amigo que hubiera dado cualquier cosa porque el postillón hubiese repetido el toque de su corneta.

Yo recuerdo haber visto, en tiempo de veda, un ciervo que á determinada hora se hallaba en el mismo sitio, y prestaba la mayor atención al pasar el correo por el monte, porque el postillón tocaba en su corneta alegres músicas, que el animal escuchaba con muestras de experimentar una sensación en extremo agradable (1).

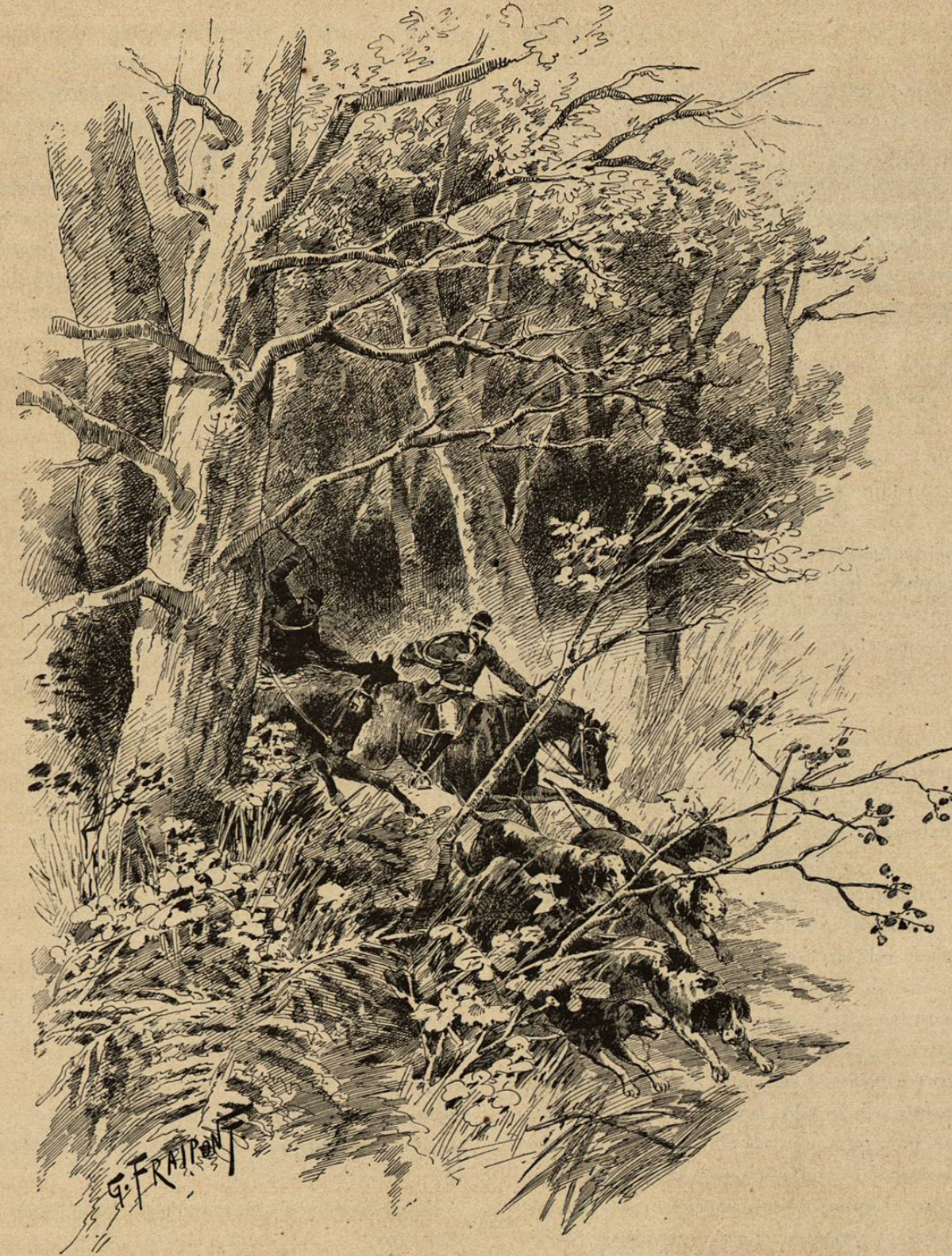
Los monteros, por consiguiente, no han de olvidar que los venados son filarmónicos.

III

Ningún montero ignora que los venados necesitan más ancho campo en que moverse que otros animales silvestres, como, por ejemplo, el gamo; y que tienen, por lo tanto, sus residencias de verano y de invierno en un extenso radio. Este cambio comprende á veces comarcas que distan algunas leguas, y exige que la emigración sea constante, lo cual no es ya tan conocido.

En el territorio comprendido entre las cordilleras Oretana y Mariánica existen muchas reses durante el invierno y la primavera, que más tarde ya no se en-

(1) Ilustración Venatoria.



¡Halali!

cuentran. Así sucede que en monterías preparadas de antemano, en que los cazadores tienen que acudir de largas distancias, invitados por los naturales del país, con las promesas de hacer buena cacería, el resultado es completamente nulo.

Hemos tenido ocasión de observar que las reses que se hallan en el territorio del Guadiana, en la provincia

de Ciudad Real, en gran abundancia durante el invierno, se corren hácia el N. á buscar las Guadalerzas, el Molinillo y los montes que rodean la Torre de Abraham, en la estación de verano. Pero así que llega el invierno vuelven á encontrarse en el primer punto.

Idéntico es lo que sucede con el ganado cervuno de las vertientes del lado del norte de Sierra Morena y

del país comprendido entre ésta y el río Guadiana. Las reses que durante el verano y la primavera habitan estas regiones pasan á invernar á Sierra Madrona y montes de la provincia de Jaen en las vertientes al sur.

Estos países tienen siempre abundante pasto para las reses en todo tiempo, y por lo tanto no se debe suponer que les mueva la necesidad de buscar alimento: más bien parece que les lleva la temperatura de que gozan las citadas regiones; pues hemos observado que en los meses fríos buscan los terrenos que, además de tener una exposición al mediodía, son secos, y en que los claros del monte están bien bañados por el Sol.

En cambio, en estío buscan las umbrías más espesas, y en que las charcas sean más abundantes para poderse bañar antes de la entrada del celo.

Durante la época de la brama concurren las reses cervunas constantemente á los sitios determinados para picaderos, y que no son frecuentados por ellas en las demás épocas del año.

Los picaderos de estas reses están generalmente situados en terrenos de abundantes pastos, de muchas aguas, en especial donde hay *bonales*, en los que los venados pueden mitigar su ardor por medio de frecuentes baños.

Estas localidades, que, como hemos dicho, carecen por completo de reses el resto del año, son los puntos de cita de todo el ganado cervuno de una comarca de grande extensión para el acto de la procreación de la especie.

Hoy en día, que, por efecto de la desamortización, han sido roturados muchos montes, los cambios de residencia se verifican á mayor distancia: manadas de venados y ciervas recorren espacios de catorce y más leguas para trasladarse de su residencia de verano á la del invierno.

Estas peregrinaciones son muy ventajosas para las reses respecto á su estado sanitario y bondad de sus carnes, así como para el desarrollo de sus cuernas; porque la variedad de alimentos es sumamente higiénica, y, como al hacer la peregrinación pasan por muchos sembrados, comen de ellos; y sabido es de todo el mundo que, cuanta más cantidad de plantas gramíneas come un venado, tanto más desarrollo toma su cornamenta.

Por medio de estos cambios de residencia, los venados de bosques abiertos quedan libres de las enfermedades epidémicas á que están sujetos con harta frecuencia los que residen en parques cerrados.

Por espacio de dos años estuve persiguiendo las huellas de un venado viejo de muchas libras, del que

se decía que llevaba una cornamenta de diez á doce puntas. El ciervo había establecido sus reales en un lugar situado sobre una cantera en explotación, y tenía su querencia entre unos peñascos de difícil acceso.

Siendo muy perseguido, no guardaba ningún cambio fijo. El acecho, así como el rececho y ojeo, tenían siempre mal éxito ante la astucia de este viejo animal. Salía de su cama después de ser completamente de noche, y regresaba á ella mucho antes de amanecer.

Como la mayor parte de todos los animales silvestres que son viejos y astutos, iba acompañado de otro más joven, que todos los años sustituía, porque moría en un ojeo, teniendo el buen cuidado de empujarlo delante de sí. Al año siguiente, el muerto era reemplazado por otro, que á su vez moría de la misma manera que su antecesor. Después de dos años de infructuosos afanes, resolví, á principios de julio, situarme en un punto á la espera, y obligarle, á fuerza de paciencia, á que me diera ocasión de llegar á tiro.

Tuve la suerte de verle la primera tarde, á causa de ser por entonces los días muy largos, adornado con una cornamenta de diez puntas, y acompañado de un ciervo joven de ocho. Como los dos animales no habían aún soltado la borra de los cuernos, renuncié por entonces á tirarlos, hasta que hubieran escodado, y quedé satisfecho por creer que había descubierto su cambio principal. En su consecuencia, dejé á mis ciervos en completa tranquilidad hasta fin de julio. Después de estar convencido de que habían escodado completamente, volví á mi punto de espera, en el que permanecí largos ratos, pero sin éxito. El ciervo debió tomar otro cambio. Por unos trabajadores de la antes mencionada cantera pude averiguar que el objeto de mis afanes se había presentado varias veces acompañado de un venado joven de seis puntas cerca de la choza de tablas que tenían los trabajadores para dormir; que allí mismo había comido las peladuras de las patatas que los trabajadores comían, pero que se presentaba siempre después de haber oscurecido por completo.

Á consecuencia de estas noticias, tracé un nuevo plan de ataque.

El día 6 de agosto, por ser festivo y haber ido los trabajadores á dormir á sus casas, quedó la choza desalojada, y á ella me dirigí á las siete de la tarde, acompañado del guarda del cuartel, provisto de una linterna, por estar el animal acostumbrado á ver la luz de los trabajadores; y, con objeto de poder tirar más rápidamente, en lugar de llevar el rifle tomé una escopeta de cañones rayados, con objeto de hacer más pronto la puntería.

Á causa de haberse vuelto el tiempo lluvioso, á las nueve de la noche estaba ya tan oscuro que apenas podía ver á diez pasos de distancia, justamente la mitad del espacio libre que había delante de la choza. Por esta causa hice encender la linterna: la puse sobre la mesa, dando orden al guarda de que, tan pronto como viese que me echaba la escopeta á la cara, cogiese la linterna, y que por la ventana iluminase la plazuela que había delante de la choza.

Poco más de las nueve y media serían cuando, sin antes haber oído nada, observé la presencia de un obje-

to oscuro, que tomé por una res vacuna. Cogí la escopeta, y en cuanto me la eché á la cara el guarda levantó la linterna, iluminando á la res, y al distinguir la robusta cornamenta hice fuego.

Un gran salto fué lo único que pude ver desde mi puesto; después oí un ruido de pasos atropellados entre los peñascos, y mi ciervo había desaparecido. Con la precipitación que yo tiré no podía asegurar haber hecho blanco; pero, como había apuntado al codillo, la bala debía estar bien puesta ó perdida.

Pronto debíamos saber á qué atenernos. Á la luz de



Ciervo en junio

la linterna, al registrar el sitio del tiro, encontramos pelos cortados. Con completa tranquilidad acerca del buen éxito de nuestra expedición, regresamos á nuestra casa para descansar y estar dispuestos á volver á la choza con el perro de sangre antes de llegar la aurora.

Antes del amanecer estábamos en el sitio del tiro, y encontramos nuevamente pelos cortados; y en el cuarto salto, por ambos lados de la huella, vimos sangre clara, señal evidente de proceder del pulmón. Á los cien pasos de distancia su marcha debió ser más lenta, no notándose ya sangre alguna en la huella; esta circunstancia nos entretuvo más tiempo en su busca, pero por fin le hallamos muerto en una pimpollada á los trescientos pasos. La bala había entrado detrás del codillo y salido por la parte opuesta.

Desgraciadamente no era el ciervo viejo, sino su

compañero; ciervo extraordinariamente gordo, y que á pesar de no llevar en la cabeza más que seis puntas, era la cornamenta en extremo bella y de grandes dimensiones: medía de longitud 74 centímetros, 16 centímetros de grueso junto á las rosetas, y el largo de las gacetas era de 29 centímetros. Este ciervo debió llevar años antes mayor número de puntas, según se colegía de la cornamenta, de los dientes, ya muy gastados y oscuros de color, y por su peso, pues en canal pesó 132 kilogramos.

Después de sosegada mi alegría, me preguntaba dónde podía haber estado entretanto el ciervo viejo. Pero al rebuscar las huellas se observó que había permanecido entre los peñascos mientras que el más joven le hacía el servicio de explorador.

Á pesar de que en aquel distrito abundaban reses mayores, hice caso omiso de ellas, y me dediqué de

llo a la busca del venado que durante dos años había sabido burlar la vigilancia que ejercía sobre él.

Ocho días más tarde, estando á la espera de palomas en un abrevadero, á las tres de la tarde, en que hacía una temperatura muy elevada, sentí detras de mí un ruido extraño: era mi ciervo, que, huyendo sin duda de las moscas y de los tábanos, venía al baño á deshacerse de sus molestos perseguidores.

La sorpresa, el deseo y el placer embargaban mi ánimo, y fué necesario algún tiempo para reponerme de la emoción que experimentaba y permitirme cambiar los cartuchos por otros de bala. En tanto, mi ciervo se revolcaba en el fango del bañil sin sospechar á su enemigo, á veinte pasos de distancia, dentro de una choza

palomera. Habíase embadurnado de fango todo el cuerpo, dando lástima el verle con la piel tan sucia. Levantó su soberbia cabeza, ostentando una disforme cornamenta, aunque de pocas puntas, con ánimo de incorporarse. Apenas se puso en pie, los ecos de la verde bóveda que me cubría repitieron el tiro que partió de mi arma.

Un enorme salto y una lluvia de fango del bañil me indicaron suficientemente que mi escopeta y yo habíamos cumplido con nuestra obligación.

Á los 30 metros yacía la víctima con la bala en el corazón. Cubríle con ramas, y fui en busca del guarda y de un carro en que poder trasportar mi magnífica res.

